

Nota de investigación

Mujeres y sus casas: retrospectiva y perspectiva de un sendero en antropología y sociología

Antonádia Monteiro Borges

EN ESTE BREVE texto presentaré uno de mis intereses de trabajo actuales, a saber, un proyecto dedicado a los procesos de investigación llevados a cabo por mujeres en relación con sus casas en Brasil y en Sudáfrica, más específicamente en el entorno del Distrito Federal brasileño y en la región noroeste de Kwazulu-Natal del país africano. Los dos universos de investigación, a pesar del océano de distancia e historia que los separa, se pueden aproximar fácilmente si abordamos la ingerencia del Estado en la constitución del espacio, especialmente la que ha tenido lugar a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, en la cual se mezclan ideas modernizadoras y segregacionistas. Yo misma comencé mis reflexiones con esa constatación visible para cualquiera que observe desde fuera las casas de una ciudad-satélite como *Recanto das Emas* o un *township* como Madadeni, por ejemplo. Gracias a la gentileza de las personas que me recibieron en campo y a los colegas académicos que compartieron conmigo sus problemas, pude ir más allá de esa homogeneización que afirma el carácter modernizador de cierta gubernamentalidad, al mismo tiempo que se da vida a una periferia urbana que es idéntica en cualquier parte del mundo. Esta posibilidad de conocer el otro lado me fue proporcionada particularmente por mujeres que, en el interior de lo que yo suponía el espacio violentamente constituido por el modernismo de Estado, investigan cotidianamente formas de solucionar los enigmas que la vida les presenta. Hoy, la importancia que le atribuía en el pasado a las políticas públicas de fuera hacia adentro se ha debilitado mucho. En cambio, dirijo mi mirada y

mi esfuerzo interpretativo hacia la relación entre mis anfitrionas y sus casas y, con eso, abandono a la posibilidad de la generalización, garantizada sólo en apariencia, cuando mis temas de investigación eran las políticas de Estado y la constitución modernista de las periferias urbanas.

La propuesta sociológica de investigar los procesos de investigación ajenos no es en absoluto una novedad, por lo menos desde Garfinkel (1967) hasta los estudios contemporáneos sobre agencia y reflexividad, como lo propone Archer (2007), entre otros que han tenido pretensiones similares. En particular, las motivaciones que me llevan a asumir tales posturas nacen de experiencias previas en que tuve pruebas de la riqueza de dicha mirada, en la medida en que, así como hace mucho lo subrayaban Law y Hassard (1999), frente a las limitaciones de nuestro vocabulario, la sociología de los propios actores no puede ser silenciada en nombre de mantener viva la creencia de que tenemos de antemano el arsenal analítico capaz de lidiar con lo imprevisible intrínseco a cualquier investigación. Como no se trata de una guerra, ¡una menos, por suerte!, estamos eximidos de usar armas. Y, como tampoco es un taller mecánico, podemos dejar las herramientas a un lado y lanzarnos a hacer investigación *codo a codo* con las personas que nos reciben en su vida, vida que es en sí misma un continuo proceso de investigación, de la cual participamos de modo superficial y circunscrito en el tiempo y en el espacio. Somos, por lo tanto, visitas pasajeras. Y por el hecho de que nos reciban, normalmente sin retribución alguna para ellas, trato al menos de llamarlas “anfitrionas”, evitando, de igual manera, ciertos términos que considero peyorativos como “nativo” u “objeto”, y hasta otros supuestamente más simétricos, como “interlocutor” o “sujeto”.

En ese proceso de investigación eslabonado sobre la política de la vivienda, se volvió evidente que el conocimiento antropológico se desarrolla a partir de una colaboración triple. Con esto quiero decir que en mi entendimiento actual, la teoría etnográfica pone en diálogo las teorías antropológicas académicas, las teorías antropológicas de nuestros anfitriones y nuestras propias teorías, asociadas inextricablemente con las dos primeras. La teoría de mis anfitriones sobre el “Tiempo de Brasilia”, de lo cual hablaré más adelante, me llevó a comprender que en ciudades como *Recanto das Emas*, llamadas “satélites”, cerca de Brasilia, las invasiones, las casuchas, los lotes y hasta el asfalto no solamente no eran meras monedas de un intercambio electoral-clientelista, sino también términos tan actuantes en las relaciones entre las personas como ellas mismas, dotados de historia y agencia, igualmente capaces por lo tanto de “hablarle” a la antropóloga, de revelarles insospechadas asociaciones entre las personas y sus casas. Lo mismo se dio en Sudáfrica. En las rectangulares *cajitas de cerillos*, como se les llama a las casas en los

*townships** a donde millares de familias fueron desplazadas durante décadas, pude encontrar huellas de circularidad (supuestamente restringida a las casas redondas, donde tradicionalmente se desarrollaría tanto la vida cotidiana como la ritual) y, en consecuencia, de circulación (desde los caseríos familiares disseminados por todo el territorio hasta las habitaciones confinadas en áreas racialmente restringidas, impuestas por el gobierno nacionalista del *apartheid*). Un objeto aquí, otro allí, y las conversaciones suscitadas a propósito de los mismos, nos conducían a mí y a mis interlocutoras hacia lugares y tiempos que estaban mucho más allá de las cuatro paredes que nos rodeaban. Comprendí que las casas, así como las personas que en ellas habitan, se extendían, se replicaban, se multiplicaban. Pobladas por mis interlocutores y por sujetos no visibles para mis ojos, como lo son los sujetos ancestrales, las casas en Sudáfrica se conforman no sólo como escenario de controversias como lo indica la literatura que más se dedica a problemas de vivienda. Las casas son agentes dotados de cualidades que junto con las personas que en ellas viven constituyen una composición inaudita perceptible tan sólo cuando nos aproximamos a ellas, en suma, cuando somos convidados a entrar en ellas.

Por consiguiente, antes de esclarecer la relación entre mi forma de pensar el quehacer sociológico y antropológico y un interés por una sociología de las mujeres y de sus casas, invito a la lectora a dar un pequeño paso hacia atrás. Iniciaré mi argumento con un preámbulo que recupera parte de mi trayectoria como investigadora, donde indico modificaciones sustantivas a mi modo de pensar, ampliamente apoyado por las investigaciones particulares de mis anfitriones en cada momento, único y diferente. Aunque mi carrera no sea precisamente larga o profunda, aun así haré dicho recorrido mediante saltos y concisas alusiones, esto es, iluminaré algunos aspectos y eventos que contribuyen a comprender el problema central de mi propuesta actual de investigación, dejando de lado diversos eslabones importantes, que tal vez harían más densa la exposición. Opto, por lo tanto, por un diseño de trazos fuertes y sucintos que esbozarán apenas una silueta que motive al lector a emprender otros y futuros diálogos.

* Barrios o localidades que constituyen áreas urbanas que desde el siglo XIX hasta el fin del *apartheid* se reservaban para los habitantes que no eran blancos, principalmente negros africanos e inmigrantes de orígenes variados clasificados como *Coloureds*, y también los llamados *indios*, originarios de la India y otros países de Asia que componían la segregada clase trabajadora en Sudáfrica. Un *township* famoso es el de Soweto (*South Western Township*) donde vivió por algún tiempo Nelson Mandela. La palabra aún se usa para designar una locación, un área, un barrio donde sigue viviendo la población negra aún después del fin del *apartheid*. Las casas de esos asentamientos se conocen como "*matchboxes*", y este término se refiere a pequeñas casas de material barato con cuatro habitaciones donde viven una o más familias en la periferia urbana de Johannesburgo en Sudáfrica. N. de la trad.

Aproximación

En la génesis de las reflexiones que ahora presento se encuentran dos investigaciones anteriores, cuya forma y contenido aclaran en mucho los desdoblamientos posteriores y, en consecuencia, el estado actual de mi investigación. De esas investigaciones de mayor aliento, que están en el vértice de esta investigación acerca de las mujeres y sus casas, destaco en primer lugar una realizada en el estado de Paraná (Brasil), con aquellos “afectados por presas” a fines de la década de 1990.* La vida de estas personas, así como de muchas de mis *anfitriónas* actuales, estaba marcada por continuos procesos de intervención estatal en su realidad cotidiana, por acciones que culminaron con su desarraigo, su desalojo y, finalmente, con su reasentamiento en un lugar inhóspito, cuadriculado según la lógica modernista del gobierno que las trataba como marionetas burlescas en el teatro del desarrollismo. En aquella ocasión, en mi análisis, la casa y su entorno figuraron como simples objetos presentes en los discursos y en las diversas *performances* públicas llevadas a cabo por grupos políticos que, en medio de la propia disputa, se convertían en rivales o aliados (Borges, 1999; Borges, 2010a).

La otra investigación a que me refiero tuvo lugar en el Distrito Federal brasileño, con moradores de la “ciudad-satélite” *Recanto das Emas*.¹ En esta ocasión, mi diálogo se dio primordialmente con personas que se convirtieron en beneficiarias del gobierno local, al “ganar” un lote después de haber lidiado mucho con la burocracia estatal, siempre a partir de la obligación de comprobar su “Tiempo de Brasilia”. El Tiempo de Brasilia era la condición *sine qua non* para cualquiera que pretendiera involucrarse con el gobierno en un proceso de demanda por un terreno. Esta concepción local, en relación con el tiempo de vida en Brasilia como demarcador de una transformación en los sujetos, se anclaba en el principio del sacrificio, en la medida en que la población migrante, sin raíces, después de al menos cinco años viviendo quién sabe en qué circunstancias en el Distrito Federal, mostraba a ojos de

* N. de la t.: La autora se refiere a los “*atingidos por barragem*” (en portugués), es decir, personas afectadas por la violencia, los embates y efectos de todo tipo generados por la construcción de presas en medio o cerca de un lugar donde ya existe un poblado, y que han conformado un movimiento social en Brasil para protegerse.

¹ Para la historia oficial y el ordenamiento jurídico-burocrático sólo existe un lugar que es una ciudad en el Distrito Federal: Brasilia. Los demás lugares son las aún hoy llamadas “ciudades satélites”, artefactos que girarían alrededor del planeta central y cuya única función sería hacer más cómoda la vida de las personas del Plan Piloto (Brasilia, el planeta central) asegurando que sus sistemas de comunicación funcionen. Esta visión es incapaz de reconocer que “las” satélites no son satélites, que allí hay vida propia y que sus moradores no son meros servidores de aquellas personas que viven en el Plan Piloto.

todos, pero muy en especial a los del gobierno local, que se había vuelto apta y legítima demandante de derechos como es el de la vivienda.² En aquel momento, me interesé por las relaciones de involucramiento en la búsqueda de un lugar para vivir como producción de lazos políticos entre las personas, y entre éstas y ciertos objetos ofrecidos por el gobierno. Poco a poco, comencé a interesarme por la asociación entre personas y sus viviendas, la cual identificaba a la propia casa como un *tercero* crucial en todo el proceso de constitución cotidiana del Estado y de participación política de personas que luchan por un lugar para vivir (Borges, 2004a).³

La reflexión que me propuse desde entonces se empalma en un viejo debate sobre la pertinencia o no de privilegiar las teorías políticas acerca del Estado, las cuales tildan de atrasada cualquier forma política, aunque sea contemporánea, que no sea tributaria de la “jerarquía global de valores” (cf. Ferguson, 1994; Herzfeld, 2003; Scott, 2009). Para efectos de contextualización, mencionaré dos salidas que compiten frontalmente entre sí y que están en juego en la antropología actual. Por un lado tenemos cierta literatura antropológica, que tiene que ver con la política y la presencia del Estado en la vida cotidiana, que considera que los márgenes del Estado constituyen junto con las partes centrales un cuerpo único y entero (Das, 2006; Das y Poole, 2004). De acuerdo con esa perspectiva, donde quiera que haya Estado, éste siempre estará “tocando” a las personas por medio de los objetos que las circundan (especialmente sus casas), haciéndose así presente, como realidad inmanente. La presentificación del Estado sería, por lo tanto, la condición de su propia existencia. Otra perspectiva afirma que el Estado existe de forma autónoma, trascendente, a pesar de los ciudadanos. Según dicha propuesta analítica, aunque los individuos y sus comunidades estén siempre siguiendo los movimientos y las órdenes del Estado, su relación no es de contacto (y probable transformación mutua), sino mimética, de imitación unidireccional. Valiéndose de palabras como “sombra” o “fantasma”, esta última aproximación entiende la relación entre el Estado y las personas como simulacro, una relación que obedecería al principio mágico conocido como ley de similitud (Ferguson, 2006).

Ambos posicionamientos propiciaron debates diversos, comentarios elogiosos y duras críticas. A mi manera de ver, los límites de esos modelos teó-

² Utilizo comillas pues “ganar” no se refiere aquí a un regalo exento de interés, a un don absoluto. En todos los casos, las familias beneficiarias acaban pagando de forma pecuniaria el bien que les es ofrecido.

³ La noción de *tercero* encuentra inspiración en los escritos de Charles Peirce en los cuales propone que el entendimiento es resultado de una relación entre distintas conciencias a propósito de un objeto o tercero (Peirce, 1992 [1878]).

ricos se deben, sobre todo, al hecho de estar enfocados especialmente en eventos y desempeños públicos. A fin de entender la presencia del Estado en la vida cotidiana como agencia creada y al mismo tiempo creadora de lo inusitado, de lo imprevisto, en suma, de lo no necesariamente reactivo hacia el Estado, defiendo la necesidad de otra perspectiva teórica. La casa se muestra importante como abrigo e igualmente como condición de existencia de y en un mundo exterior, en donde, sin la agencia de los sujetos dedicados a su ocupación, conceptos como el de Estado se muestran absolutamente parciales. Pensando de esa manera, creo que si quisiéramos avanzar más allá de una supuesta homología entre las formas de vivir y las formas de agencia y reflexión políticas, es imperativo entender y comparar los diversos sentidos de la casa, ya sea como orden moral y cosmológico, como refugio, como forma de ocupación y transformación. Esta comprensión, transparente para las personas con las cuales hacemos investigaciones, constituye para nosotras mismas una tarea bastante compleja, en la medida en que seguimos atrapadas en las celdas dualistas que nos hacen adherirnos casi de manera irreflexiva a los juegos de oposiciones, como aquellos inmortalizados por Pierre Bourdieu desde su estudio sobre la casa cabila (Bourdieu, 1972).

Regresando a las experiencias de investigación anteriormente mencionadas, destaco brevemente algunas enseñanzas que surgieron del mismo proceso de investigación y del entendimiento gradual de la casa como actante en asociación con personas comunes y con personas con mandatos institucionales, ya sea miembros del gobierno o de otra institución. En ambos contextos, aprendí a desconfiar de las teorías corrientes sobre la llamada “política de los pobres”, que invariablemente apostaba a categorías de acusación como clientelismo y enajenación política para referirse a la “inercia de poblaciones”, las cuales, de acuerdo con esa visión exterior y estigmatizante, quedaban a merced de las políticas estatales, sin ninguna agencia propia o poder de transformación (Semán, 2009). Ambas partes en relación, beneficiarios-electores y funcionarios-empleados de la política, constantemente inventan formas de combinarse, de colocarse en relación de inteligibilidad e *importancia* (Archer, 2007; Boltanski y Thévenot, 1991). De esta manera, sin apostar al *telos* de la racionalización del Estado o de las políticas desarrollistas y sociales, ni a la corrupción como trazo endémico de las administraciones públicas en nuestros países, comencé a observar la casa como *lugar-evento*, como un conjunto de creencias que emergen y se vuelven características de un espacio y de un tiempo específicos, para lo cual compiten con su *plusvalía política* sujetos empleados en el gobierno y beneficiarios de las políticas públicas de asistencia. Lo que afirmo, en suma, es que deberíamos invertir en la comprensión del Estado como una amalgama de gobiernos localizados y cambiantes a fin de

tener cuadros etnográficos capaces de deshacer las formulaciones generalizantes sobre el Estado y, en consecuencia, sobre su relación con la Sociedad, como si ambos fueran entes absolutamente sobrepuestos o perennemente apartados (Borges, 2005).

Esta constatación me lleva hoy a creer que, de hecho, una parte significativa de un proyecto como el que emprendo actualmente tiene que ver con la posibilidad de inventar un método de investigación y de diálogo con mis anfitriones (en el trabajo de campo y en la academia) en la exacta medida en que el proceso de investigación avanza, y con dejar de suponer que existen métodos y técnicas listas para usarse capaces de ser “aplicadas” sin más en cualquier contexto, como si nuestros interlocutores fueran meros informantes, como si la literatura y los cuadros conceptuales fueran sólo herramientas, y no sujetos, ambos, de intervención activa, creativa y transformadora en nuestros trabajos. En suma, estoy convencida de que la investigación etnográfica es una base segura para la construcción de formulaciones teóricas desafiantes frente a los límites que encontramos en las teorías sobre las acciones políticas en ambientes definidos *a priori* como periféricos y segregados. Aun las antropólogas que rechazan los principios evolucionistas o desarrollistas, mientras se mantengan al margen de la vida cotidiana de las personas que las reciben en sus trabajos de campo, acabarán por construir edificios teóricos marcados por el modelo de la reproducción, y no por el de la agencia creativa y transformadora (véanse los artículos en Carsten y Hugh-Jones, 1995). Creo que esa tendencia no se relaciona únicamente con los presupuestos característicos de una sociología de la conservación (Borges, 2004b). Desde este punto de vista, la salida más eficaz para la producción de teoría en antropología es el involucramiento visceral y continuo con el trabajo de campo, a fin de que no nos “autonomicemos” de la duda etnográfica.

Es fácil notar que tanto uno como otro de esos viejos proyectos de investigación iluminan un problema perenne: la presencia del Estado en la vida cotidiana de las personas comunes que necesitan lidiar con el constante enigma de sus múltiples encarnaciones: burocrática, política, electoral, democrática, desarrollista, policial, autoritaria, gubernamental, etc., que ora se presentan como intrincadamente superpuestas, ora como nítidamente autónomas y separadas. Mi intención, al recuperar esos dos momentos importantes de mi trayectoria de investigación, tiene como fin traer a colación un interés (en transformación a lo largo de estos últimos años) por las salidas que las personas han encontrado cuando se ven capturadas por la máquina estatal en el interior de sus casas y que de allí son transferidas, dislocadas, segregadas, en nombre de un proyecto político y de gobierno calificado con mucha precisión por la literatura de *modernista* (Holston, 1993; Ferguson, 1994). Entre éstas, mi

interés se dirige cada vez más especialmente hacia las mujeres en contextos de fuerte intervención estatal sobre su espacio y tiempo cotidianos.

En suma, gracias a mi trabajo de investigación etnográfica más reciente, he comprendido, también en contraste con mis experiencias analíticas anteriores, *que los dominios internos de las viviendas y sus entornos* desafían nuestros análisis en la medida en que atañen a dimensiones de la realidad que las prácticas de campo convencionales no siempre permiten abordar. De esta constatación resulta una duda bastante saludable sobre los conceptos y encuadres teóricos y metodológicos con que habitualmente había trabajado y, en consecuencia, una apertura hacia la idea de investigar las investigaciones ajenas como forma de darse cuenta críticamente de la presencia inherente de dicha divergencia entre marco conceptual y experiencia de investigación en nuestro oficio (Borges, 2009b).

Mujeres

La propuesta aquí presentada establece marcos y objetivos para una investigación sobre las luchas de mujeres en dos países (Brasil y Sudáfrica) para garantizar la propiedad de sus viviendas y hogares frente a las amenazas constantes de expulsión, remoción y, por ende, la anulación de su presencia en la escena pública. Investigo hasta ahora la agencia participativa de mujeres involucradas en redes de agencia colectiva de carácter diverso (partidarias, no gubernamentales, religiosas), con énfasis en los minuciosos estudios que ellas mismas desarrollan acerca de la burocracia estatal, cuando se encuentran atrapadas en situaciones de desposesión violenta (Borges, 2009a; Borges, 2009c).

Para ir más allá de las propuestas analíticas que califican este tipo de agencia como reacciones a situaciones de dominación, las tomo más bien como construcciones de conocimiento que con el tiempo sufren cambios en el lenguaje considerado legítimo para definir la realidad social y en consecuencia provocan modificaciones en lo que comprendemos como mundo social, llamándonos así a transformar nuestro propio abanico conceptual y metodológico. El giro epistemológico que propongo rechaza la idea de una realidad de dominación perenne contra la cual las mujeres estén solamente reaccionando. Las acciones de las mujeres, entendidas como producciones intelectuales a lo largo de la historia, producen transformaciones en el mundo social y en la idea misma de lo que son las mujeres y la (des-)igualdad de género (Haraway, 1988).

La postura analítica que adopto se origina, por lo tanto, de una tensión presente en los estudios de género y los datos empíricos de mis propias

investigaciones. Mis experiencias previas de investigación en Brasil y Sudáfrica me aseguran que, por un lado, más allá de las diferencias históricas abismales en los dos casos, tenemos ideologías dominantes que sostienen una complementariedad de roles, la cual asigna a las mujeres el espacio doméstico y a los hombres adultos el espacio público, también llamado político. Por el otro, investigaciones contemporáneas aportan datos que contravienen este sentido común dominante, haciendo surgir preguntas acerca de los límites explicativos de modelos analíticos de orientación estructuralista, cuyos ejes centrales terminan por reiterar un inmovilismo social basado en dualismos añejos como naturaleza y cultura, lo doméstico y lo político, etc. (Strathern, 1988).

Fue fundamental para las luchas por la independencia y el desarrollo de estos países que las acciones estatales estuvieran basadas en el conocimiento científico moderno y en el ejercicio de la razón política ilustrada. En este proceso de construcción de la legitimidad de los nuevos regímenes, de las nuevas democracias, fue reconocida como verdadera, en el sentido de ser históricamente producida y contemporáneamente aceptada como un hecho evidente, la relación desigual entre hombres y mujeres. Sin embargo, aunque esta asimetría era reconocida no alcanzaría la importancia de otras diferencias históricas heredadas del pasado que debían ser combatidas con más urgencia, como las derivadas de las distinciones de clase y raza. Aunque la desigualdad de género fuera comprendida como fruto de la construcción histórica de propiedades corporales y morales distintas para hombres y mujeres, esta historia rara vez se relaciona con la dominación más amplia (colonialista y racista) a la cual solía combatir. Incluso hubo momentos en que la relación asimétrica entre hombres y mujeres fue considerada como evidencia de la particularidad cultural y por lo tanto de la independencia de carácter de países que buscaban su independencia. El patriarcalismo brasileño fue nombrado muchas veces como condición *sine qua non* para el tipo de construcción republicana que se logró alcanzar en ese país. En Sudáfrica, la persistencia de los modelos patrilineales se pregonaría como una resistencia a la legitimidad de las instituciones coloniales (principalmente las misiones cristinas). Era la construcción de una socialidad que restringía a las mujeres al espacio doméstico, atadas a los hombres como satélites girando alrededor de un planeta, socialidad que en muchos casos fue considerada una forma de resistencia al poder colonial, donde los derechos alcanzados por los hombres se extendían a las mujeres por medio de lazos de parentesco, ya fuera por consanguinidad o por alianza.

Sin embargo, los datos empíricos y bibliográficos sobre Brasil y Sudáfrica demuestran que el presente ocultamiento de las mujeres de la escena pública, lejos de retratar una realidad evidente, sería más bien una agencia deliberada

de obliteración del pasado, a través de una narrativa modernista que vuelve inapelable el pasado mismo, lo cual es fundamental para el mantenimiento del *status quo* dominante, cuyas propiedades no suelen ser interpretadas como resultantes del tipo de conocimiento histórico producido, sino más bien como rasgos esenciales del carácter nacional (en otras palabras, cultural) de las sociedades.

Aunque siempre haya habido movilización de las mujeres y de otros actores involucrados en la lucha por la igualdad de género, sigue existiendo un rechazo teórico (incluso por parte de los actores políticos y jurídicos más liberales) a abandonar los modelos patriarcales que representaron la puerta de acceso al mundo político contemporáneo en estos países. En su libro *The Cry of Winnie Mandela*, Ndebele (2003) sostiene que en Sudáfrica las conquistas de la sociedad contemporánea en la lucha contra el *apartheid* son pensadas y presentadas como batallas de grandes hombres, como si las mujeres, cual Penélopes, hubieran estado todo el tiempo “esperando” pacientemente en sus casas. Esta imagen de las mujeres, congeladas en el tiempo y en el espacio mientras los hombres adultos luchaban por la independencia, pasó indemne por el innegable proceso de transición hacia la democracia sin afrontar los valores tradicionales del liderazgo masculino (Oomen, 2005). En los notables tribunales de verdad y conciliación, el sufrimiento de las mujeres servía para sacar a la superficie los crímenes perpetrados contra sus parientes hombres, en testimonios igualmente pronunciados en el dominio preponderantemente masculino de la justicia, considerado suficientemente legítimo para deliberar sobre qué hacer para reparar los daños y traumas vividos por mujeres victimizadas (Cejas, 2007; Hassim, 2006; Ross, 2003; Krog, Mpolweni y Ratele, 2009). Situaciones semejantes, encontradas en otros contextos, indican que la capacidad de toma de decisiones por parte de las mujeres se vincula íntimamente con su identificación como blanco de violencia tanto perpetrada como castigada por hombres adultos, detentadores del poder de hacer justicia literalmente con sus propias manos (Das, 2006; Debert y Gregori, 2008). Sostengo que, en los escenarios estudiados, la vulnerabilidad femenina se vincula directamente con *i*) las formas de ejercicio de poder (estatal, público y doméstico) y con *ii*) las relaciones que esas personas llegan a mantener con la vivienda o tierra que ocupan.

Los que piensan que un siglo ya es suficiente, dicen que las mujeres han conquistado mucho en términos de sus luchas políticas. Además, en lo que toca al derecho a la tenencia de la tierra, sobre todo entre grupos económicamente vulnerables y culturalmente no hegemónicos, las posibilidades concretas de que las mujeres negocien las formas de ocupación de espacio geográfico y social son mínimas. Aunque sus demandas a veces sean orquesta-

das bajo las banderas de algún movimiento social, su legitimidad se ve constantemente cuestionada frente a los límites conceptuales de formas políticas y jurídicas que privilegian en sus políticas públicas a sujetos cuyas identidades están atravesadas por ejes más generales y contundentes (como raza, etnia y clase o, en otros términos, la pobreza). Dado el carácter amplio del problema en diálogo con la producción académica sobre temas correlacionados, vuelvo mi atención hacia un universo muy específico de observación y análisis: las remociones y desalojos que se dirigen de manera preponderante hacia mujeres, a quienes las autoridades estatales consienten en reconocer como “jefas de hogar” sólo cuando “falta” a su lado una figura masculina a quien atribuirle la responsabilidad de los hijos.

En Brasil, mi trabajo tiene como terreno una ciudad satélite cerca de Brasilia donde el gobierno local mantiene con las mujeres una relación privilegiada. Al mismo tiempo que las mujeres son el blanco primordial de las *razzias* policíacas y sufren la destrucción de sus casuchas construidas en áreas ilegales (las llamadas invasiones), esas mismas mujeres también llenan las listas de espera y las caravanas de apoyo electoral a los políticos locales con el objetivo de ser beneficiarias de la distribución de lotes urbanos orquestada por el gobierno local. A la agencia pública se añade un quehacer cotidiano marcado por un proceso continuo de investigación a propósito de problemas diversos que, a mi manera de ver, se relacionan con la supuesta separación entre lo público y lo privado como dominios respectivamente masculino y femenino. Las mujeres de quienes estoy cerca no sólo tienen una presencia pública bastante activa, especialmente por la vía de la militancia política como también por su trabajo en iglesias y asociaciones comunitarias, sino además asumen en sus casas la difícil tarea de resolver cuestiones de diversos órdenes que van desde sus relaciones amorosas hasta el abastecimiento de sus cacerolas. Si anteriormente yo comprendía cuán fundamental era su desempleo formal y su disponibilidad para ofrecer al gobierno local su fuerza de trabajo política, su plusvalía política, tan sólo en este momento es cuando me doy cuenta de lo enmarañado de los lazos de los que esas mujeres necesitan ocuparse en el interior de sus casas para que su presencia pública se vuelva posible.

En Sudáfrica, mi trabajo de investigación tiene como escenario la región de Kwazulu-Natal donde, como en todo el país, hay dos principales males sociales que azotan a la población local: la desposesión material y la vulnerabilidad causada por el VIH. Las mujeres con quienes hago la investigación son en su mayoría viudas, mujeres que ya no tienen parientes hombres a los que, de acuerdo con las costumbres locales, deberían estar sometidas. Sus experiencias aportan un significativo giro a las teorías feministas más simples:

en lugar de quedar libres de la dominación colonial tradicional se vuelven presas fáciles de las remociones y desalojos en sus versiones contemporáneas en el *post-apartheid*. Expulsadas de sus viviendas, pues en ningún momento antes o durante el *apartheid* les fue garantizada la propiedad legal de sus hogares, pasan a ocupar una posición todavía subalterna, dependiente de la atención estatal, tanto en términos jurídicos como asistenciales. La separación rutinaria de mujeres y hombres (ya sea por la etiqueta y costumbres zulús,* o por el envío de hombres como migrantes de las zonas rurales hacia las ciudades para trabajar en las industrias y minas antes y durante el *apartheid*) adquiere hoy esta forma, considerada, incluso por los sectores más progresistas de la intelectualidad sudafricana, de menor importancia, sin vínculos directos con problemas amplios como lo fueron el racismo o la explotación laboral dirigida a los hombres (cf. los ensayos críticos publicados en Gasa, 2007).

En la etapa actual de mi investigación, no sólo la participación de esas mujeres involucradas en la militancia por el derecho a la vivienda y a sus actividades económicas será objeto de análisis, sino también los proyectos que llevan a cabo al interior de su vivienda, los cuales indican una apertura del hogar hacia vínculos no estrictamente domésticos y una relación de interacción entre quien tiene y quien no tiene casa para vivir. El trabajo de investigación etnográfico ya iniciado se beneficia de manera constante de la amplia producción que tanto académicos como mujeres militantes de ONG producen sobre el tema en la Sudáfrica contemporánea (Bähre, 2007; Ferguson, 2007). Sin embargo, la proximidad que ya tengo con los grupos elegidos me permite conocer el trasfondo frente al cual se desarrolla el trabajo cotidiano y de lucha política de estas mujeres.

Casas

Doña Sibongile y yo, ella aprovechando mi visita y yo aprovechando su disposición, fuimos a casa de Gloria. Como Sibongile, Gloria es una mujer negra de 70 años más o menos que, en los años setenta, cuando el *apartheid* en su apogeo despedazaba a Sudáfrica, fue expulsada del lugar donde vivía, considerado un *black spot*.[†] Doña Sibongile ya no vive en el *township* adonde

* N. de la t.: Aquí la autora se refiere a ciertas costumbres, especialmente las formas de tratamiento de unas personas hacia las otras, que consideran que entre ellas hay gente viva y muerta, pero su ubicación se da en espacios y tiempos diferenciados algunas veces por el eje del género y otras por el de la generación.

[†] N de la t.: Un *black spot* es un área donde vive población negra rodeada principalmente de granjeros blancos.

ambas habían sido trasladadas. Gracias a la ayuda financiera recibida de sus hijos, especialmente de una hija que es juez, hoy Doña Sibongile vive en una cómoda casa en un barrio que antes fue exclusivo de blancos. Ni Sibongile ni Gloria se quejan a la hora de narrar el pasado, aunque contar de nuevo la misma historia les causa cierto enfado, después de tantos años. Más bien, lo que Gloria quiere es hablar de su proyecto actual y aprovecha para llevarnos a un lugar especial que acondicionó en su casa. Ambas eran profesoras; Sibongile está jubilada y ya no da clases. Pero su amiga tiene una pequeña escuela de música en el espacio acondicionado en la cochera, para que los jóvenes aprendan a leer partituras, a conocer géneros musicales y muchas otras cosas. Los comentarios nostálgicos de Sibongile pronto revelan que Gloria estuvo exiliada en Estados Unidos, donde hizo su doctorado. Su amiga Gloria, por otro lado, no le va a la zaga y evoca también los logros de su compañera. Gloria tendrá una pequeña escuela en su casa de pocas habitaciones, pero Sibongile tiene un verdadero tribunal en su casa en el centro de la ciudad: los expedientes, todos muy bien organizados, de personas amigas que juntas forman un grupo de *restitution claimants*.⁴ Las dos levantan el mundo que les rodea con dificultades, pero con todo no olvidan que los que nunca tuvieron alguna propiedad, que nada tienen que reclamar al Estado, que hoy viven en casas con techos de lámina en los márgenes del *township*, pueden hacer mucho menos que ellas.

En otra parte, en Brasil, está Bruna, una joven que vive en *Recanto das Emas*. Antes de vivir en su casa actual vivió en otras. Sin embargo, vivirá todavía en otras más, pues la casa no le pertenece a ella o a su familia, sino a la iglesia de la cual su padre es pastor. Mientras en la casa de Gloria hay una escuela y en la de Sibongile existe un archivo, en la de Bruna hay una casa de huéspedes por donde pasan, quedándose a veces varios días, fieles de varios lugares. En otro lugar, también en *Recanto das Emas*, está Laudicéia, una pastora de una iglesia pentecostal que hace de su casa un templo religioso.

Es necesario destacar que lo que estas cuatro mujeres y sus casas tienen en común es que en ninguno de los casos se trata de un espacio doméstico como convencionalmente pensamos. No se trata de espacios privados, exclusivos e insondables y en consecuencia separados del espacio público, éste sí “común”, tanto en el sentido de pertenecer a todos (o a casi todos) y de ser

⁴ Sobre las reivindicaciones por tierra en Sudáfrica véanse, entre otros, a Ntsebesa y Hall (2007). [N. de la t.: Cualquier persona que no tuviera posesión de sus tierras después del 19 de junio de 1913 conforme a la legislación racista le fue otorgado el derecho de reclamar la restitución de la misma frente al Estado y se establecieron tribunales especiales para resolver estos procesos. Todo conforme a la Constitución interina de 1993.]

regido por reglas más o menos compartidas que vuelven viable la convivencia entre extraños.⁵

La distribución de lotes en asentamientos alejados, tanto en el caso brasileño de las remociones de *favelas* seguida de la construcción de conjuntos habitacionales en las periferias, así como en los casos de “planeación urbana” de Brasilia y de Sudáfrica, se orienta conforme a una lógica de Estado que exige de los beneficiarios el aprendizaje del lenguaje burocrático (Borges, 2004a; Borges, 2010b; Huchzermeyer, 2004). Mi investigación hasta el momento se aboca a analizar los sentidos con los cuales se llenan los formularios, los documentos exigidos de los beneficiarios, los criterios de jerarquización en las “listas de espera” (las *waiting lists* de Sudáfrica), las alternativas encontradas por aquellos dispuestos a burlar al sistema (las invasiones, los *door kickers*, etc.).⁶ No obstante, en esta aproximación en que trataba de entender de qué manera las personas deben lidiar con el Estado por medio de sus casas, y *viceversa*, yo no consideraba la dimensión actancial de las propias casas.

Muy lentamente comencé a darme cuenta de que aunque los agentes y las instituciones estatales promuevan acciones a fin de aliar su control al control del espacio, en el interior de un asentamiento o de una casucha surgen eventos inauditos que desafían las capturas burocráticas y, por lo tanto, sociológicas o antropológicas, de esos fenómenos en términos de las conexiones causales que somos capaces de establecer a partir de datos y parámetros que ya traemos en nuestro arsenal interpretativo (Borges, 2004a; Hart, 2002). En suma, mujeres como Sibongile, Gloria, Bruna o Laudicéia están experimentando formas de vida en sus casas que de ninguna manera son “domésticas” en el sentido común y corriente del término. Y, es más, su forma de vida no es en absoluto una excepción. Siendo así, no sólo la convivencia dentro de esas casas se revela como una evidente forma de hacer política por otros medios y

⁵ Las reflexiones sobre *Recanto das Emas* se benefician del trabajo de Fernandes (2009) y Pinto (2011). La preocupación con las casas es un tema que permea también las tesis de doctorado de Azevedo (2009) y Ahlert (2011).

⁶ Oldfield y Stokke (2006) han investigado los conflictos propios del *post-apartheid* en Sudáfrica, marcados por confrontaciones entre personas que antaño fueron clasificadas como *Coloured*, pero hablantes de *Afrikaans*, y personas negras, normalmente hablantes de *Xhosa*. Siendo vecinos en zonas periféricas, desprovistas casi por completo de infraestructura, como son los *Cape Flats*, por ejemplo, luchan entre sí por un lugar para vivir. Algunos, en especial los más jóvenes, que no están inscritos en las listas de espera (*waiting lists*) producidas desde el periodo del *apartheid*, ante la urgencia de sus necesidades se ven orillados a invadir casas en construcción o abandonadas, abriendo sus puertas a *patadas* (de ahí el nombre de *door kicker*). [N. de la t.: *Cape Flats* se refiere a un área plana situada al sureste del distrito central de negocios de Ciudad del Cabo. Muchas personas de la ciudad la llaman “The Flats”, a secas.]

con otras escalas (que no son las de los tiempos y espacios institucionalizados que conocemos), sino que también sienta las bases, por medio de su trabajo político llevado a cabo cotidianamente bajo el techo de sus viviendas, para que el Estado y la antropología se transformen.

Las casas de nuestras anfitrionas están por ser conocidas, tal como las personas que en ellas habitan. Eso que es un enigma, un problema a resolver, no puede seguir siendo ignorado por nuestra mirada distanciada, salvaguardada justamente por un dualismo modernista que divide al mundo entre lo público y lo privado y que, para colmo, también presupone que lo sucede en el dominio supuestamente público es de mayor interés para la ciencia. La larga historia moderna —y las narrativas maestras de la antropología y de la sociología se inscriben en este marco— la mayoría de las veces trata solamente de atribuir significados a la casa a partir de otros referentes. La casa *remite* a la organización familiar, a la organización económica, a los patrones de intervención en el espacio. En suma, la casa en sí no tiene agencia. Y, aquí, no se trata de regresar a un antropomorfismo, por el contrario, creo que el verdadero problema está en seguir afirmando de manera exclusiva la dimensión humana de relaciones en el sentido moderno atribuido al término “humano” (Latour, 1999). Mi objeción se dirige, por lo tanto, al aislamiento de la casa y la atribución de valor a la misma a partir de los cuadros analíticos del investigador, como si la casa no fuera producto de la ciencia de quien con ella interactúa. De acuerdo con la perspectiva que critico, la casa no sería nada, más allá de un índice de otro fenómeno, de mayor generalidad e inclusión y, por esa misma razón, considerado más relevante. Tomando como base a las personas que conozco en los dos campos de investigación y sus experiencias, es bastante fructífero, desde el punto de vista analítico, asociar a las mujeres con sus casas para comprender sus causas y, con esas causas en mente, desafiar la separación estructuralista más burda que divide al mundo social en esferas pública o privada, en dominios masculino o femenino.

¿Serán los casos citados, una excepción a la regla? ¿O será la regla una excepción al mundo? (Lévi-Strauss, 1991). Hace poco, una colega de la India se lamentaba de que nosotras dos, ella en Delhi y yo en México, viviéramos solas, en casas vacías, de forma y estilo *western*, y sin el poder de crear en el ámbito de nuestras casas una sociedad distinta de aquellas sociedades de las cuales participamos forzosamente cuando salimos a la calle. *Western*, a pesar de todas las discusiones sobre occidentalismos y orientalismos, para mí es un término que invariablemente me evoca las películas de *cowboys*. Aldeas arrasadas e indígenas asesinados a quemarropa. Mujeres blancas danzando o sentadas en las piernas de algún pistolero borracho, riéndose a carcajadas, divirtiéndose con la música de *vaudeville*. Por cierto, en los *Westerns*, esto

es, en las películas, rara vez vemos el interior de las casas. Estamos por lo general en lugares públicos, lugares de disputa, de política, de hombres. Creo que ésta es una característica también del *Western* y del Occidente.

En caso de que siguiéramos el razonamiento de Bruno Latour, según el cual la naturaleza nunca existió como un dominio del buen salvaje, del indígena, pues este concepto nace históricamente dentro de una clave antropocéntrica, podemos pensar que tal vez también el espacio doméstico, el privado, la casa, nunca haya existido. Como lo subrayó mi amiga india, ¿quién, finalmente, vive en la casa modernista, cartesiana, en el reino de la intimidad apartada del mundo de allá afuera?⁷ ¿A quién queremos convencer cuando proponemos una forma de conocimiento que toma como parámetro únicamente la relación entre la casa y la socialización llamada moderna? ¿Podremos sostener que nuestra comprensión de otras casas y otras mujeres se modela por una forma de habitar el mundo que es una gota en un océano de otros modos de vivir? Y, además, ¿podemos seguir asumiendo que ésta sea más evolucionada que las demás y, por lo tanto, un inevitable objeto de deseo para cualquier persona tomada como “mínimamente razonable”?

Una invitación para entrar

Las mujeres con quienes trabajo y realizo mi investigación, en Brasil y en Sudáfrica, amplían con sus preguntas particulares la posibilidad teórica y política de pensar y por consiguiente de transformar las configuraciones sociales en que vivimos. El relativismo necesario para el respeto a las diferencias y el humanismo capaz de desafiar las formas tradicionales de opresión están en permanente tensión en sus luchas. Por lo tanto, si las mujeres con quienes investigo enmarcan el problema de género como una lucha desestabilizadora de certidumbres y lazos sociales, la investigación científica sobre esos fenómenos debe igualmente comprometerse con avances teóricos y cambios sociales.

Necesitamos tener en cuenta que cuando se colocan dentro de los marcos narrativos modernistas, las cuestiones de género suscitan sospecha y descrédito por parte de los que identifican tales problemas como directamente hermanados con otras polémicas típicamente “modernistas”. Creo que los itinerarios epistemológicos de mis anfitrionas, involucradas en interminables sondeos, indican desde el principio un rechazo a un orden estructuralmente

⁷ Mundo allá afuera que sería la verdadera *res extensa*, dotada de precedencia y autonomía teleológicas en relación al flujo ordinario de la vida en la tierra (cf. la crítica propuesta por Stengers, 2009).

definido en términos inmanentes y duales, como serían lo femenino y lo masculino. Uno mi voz a la de ellas en la medida en que comienzo a comprender que las cuestiones de género nos invitan a pensar en problemas que están mucho más allá de aquellos definidos por el límite lógico e histórico del discurso modernista. Los problemas de género no se restringen a optar por una de entre dos alternativas bien establecidas, como lo público o lo privado, por ejemplo. No se trata tampoco de jerarquizar las experiencias humanas entre aquellas que realmente son importantes y valen la pena y aquellas de menor valor, que no merecen ni siquiera ser nombradas, que pueden por eso permanecer anónimas en un espacio oscuro e insondable que llamamos privado o doméstico. Las cuestiones de género en el sentido promovido por mis anfitrionas suscitan salidas alternativas para nuestros dolores humanos. En la medida en que proponen en su presente pasos que, menos que los efectos de un pasado, son más ensayos de un futuro deseable, distinto, que no podría remitir a nada preexistente so pena de hacer naufragar el propio proceso de cambio al que se dedican, sus métodos de investigación tienen mucho que enseñar en términos epistemológicos a la investigación en sociología y en antropología.

Finalmente, teniendo en cuenta que el problema de investigación aquí presentado se trata de una cuestión etnográfica, el mismo exige una respuesta igualmente anclada en la investigación antropológica tributaria de un diálogo creativo con nuestras anfitrionas. Por lo que he visto en los últimos años, tengo confianza de apostar a los frutos analíticos de un estudio de los dominios internos a las casas a partir de los itinerarios y la producción de conocimiento que tienen a las mujeres como sus protagonistas centrales. Como traté de esbozar, la construcción cotidiana de soluciones para sus problemas nos ofrece un ejemplo de cómo romper con una forma dualista de pensar e intervenir en el mundo a nuestro alrededor. El acompañamiento etnográfico de las composiciones que se establecen entre mujeres y sus casas nos puede ofrecer elementos para transformar nuestras propias formas de investigar. Esta comprensión actual que presento, derivada de los embates y avances alcanzados por medio de la investigación localizada y de la comparación entre los dos casos apunta, por lo tanto, hacia la necesidad de que entendamos la casa como constituida de espacios visibles y de otros invisibles a nuestra percepción actual. Admitir lo invisible, como lo hacen, cada una a su manera, las mujeres con quienes investigo, significa antes que nada reconocer que nuestros conceptos y métodos siempre están un paso atrás de nuestras experiencias. Como consecuencia de esta nueva actitud, tal vez nos volvamos capaces de identificar en la casa, en el hogar, un espacio teórico vivido sobre el cual se asientan tanto los análisis políticos retrospectivos de las personas con las cuales

hacemos investigaciones como la reflexión de nuevos sentidos e inauditas formas de su vivir.

Traducción del portugués de L. Fátima Andreu

Recibido y revisado: mayo, 2011

Correspondencia: Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/
Camino al Ajusco núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/México, D. F.
10740/correo electrónico: antonadia@colmex.mx

Bibliografía

- Ahlert, Martina (2011), *A cidade relicário: tempo, feitiços e festejos em Codó/MA*, Brasilia, Universidad de Brasilia, tesis de doctorado.
- Archer, Margaret S. (2007), *Making our Way through the World: Human Reflexivity and Social Mobility*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Azevedo, Aina Guimarães (2009), *Três lugares para viver e um para morrer - o sentido das casas na África do Sul*, Brasilia, Universidad de Brasilia, tesis de doctorado.
- Bähre, Erik (2007), *Money and Violence: Financial Self-Help Groups in a South African Township*, Leiden, Brill.
- Boltanski, Luc y Laurent Thévenot (1991), *De la justification. Les économies de la grandeur*, París, Gallimard.
- Borges, Antonádia (2010a), “Antropologia em Segredo: considerações tardias sobre um estudo etnográfico em um reassentamento de atingidos por barragem”, en M. Chagas y C. B. Müller (eds.), *Dinâmicas de Cidadania: abordagens etnográficas sobre a diversidade*, Porto Alegre, Edufrgs.
- Borges, Antonádia (2010b), “Uma propriedade, diversas propiedades: etnografia, comparação e a distribuição de benefícios públicos no Brasil e na África do Sul”, en L. M. Sigaud *et al.*, *Brasil em Perspectiva*, Río de Janeiro, 7 Letras.
- Borges, Antonádia (2009a), “Anthropology and Social Experts: Agency, Creativity and the refusal to established Categories”, *Occasional Paper New Series*, núm. 1/2009, Nueva Delhi (India), Department of Sociology, Delhi School of Economics, Universidad de Delhi.
- Borges, Antonádia (2009b), “Explorando a noção de etnografia popular: comparações e transformações a partir dos casos das cidades-satélites brasileiras e das townships sul-africanas”, *Cuadernos de Antropología Social*, vol. 29, Buenos Aires, Argentina.
- Borges, Antonádia (2009c), “Women, Political Agency and the Creation of a Public Domain”, ponencia presentada en la Gender Justice and Body Politics Conference, Environmental and Geographical Science Building (EGS) University of Cape Town, Ciudad del Cabo, 4 a 6 de febrero.

- Borges, Antonádia (2005), "O emprego na política e suas implicações teóricas para uma antropologia da política", *Anuário Antropológico*, Brasília, Universidade de Brasília.
- Borges, Antonádia (2004a), *Tempo de Brasília: etnografando lugares-eventos da política*, Relume Dumará, Rio de Janeiro.
- Borges, Antonádia (2004b), "Depois de Bourdieu: abordagens sociológicas contemporâneas acerca das classes populares", *Antropolítica*, vol. 17, Niterói/Brasil, UFF.
- Borges, Antonádia (1999), *A cada passo: um estudo de redes e faccionalismo em um assentamento de atingidos por barragem*, Porto Alegre, UFRGS, tesis de maestría.
- Bourdieu, Pierre (1972), "La maison kabyle ou le monde renversé", en Jean Pouillon y Pierre Maranda (eds.), *Échanges et communications: mélanges offerts à Claude Lévi-Strauss*, París, Mouton.
- Carsten, Janet y Stephen Hugh-Jones (1995), *About the House: Lévi-Strauss and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Cejas, Mónica (2007), "Memoria, Verdad, Nación y Ciudadanía: algunas reflexiones sobre la comisión de la verdad y la reconciliación en Sudáfrica", *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. 5, núm. 1, pp. 24-34.
- Das, Veena (2006), *Life and Words. Violence and the Descent into the Ordinary*, Berkeley, University of California Press.
- Das, Veena y Deborah Poole (2004), *Anthropology in the Margins of the State*, Santa Fe, School of American Research Press.
- Debert, Guita Grin y Maria Filomena Gregori (2008), "Violência e gênero: novas propostas, velhos", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 23, núm. 66, pp. 165-185.
- Ferguson, James (2007), "Formalities of Poverty: Thinking about Social Assistance in Neoliberal South Africa", *African Studies Review*, vol. 50, núm. 2, pp. 71-86.
- Ferguson, James (2006), *Global Shadows. Africa in the Neoliberal World Order*, Londres, Duke University Press.
- Ferguson, James (1994), *The Anti-Politics Machine. "Development", Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press.
- Fernandes, Heliza Cristina Cavalcanti (2009), *O negócio é correr atrás: Associações comunitárias e engajamentos políticos no Recanto das Emas*, Brasília, Universidad de Brasília, tesis de licenciatura.
- Garfinkel, Harold (1967), *Studies in Ethnomethodology*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall.
- Gasa, Nomboniso (ed.) (2007), *Women in South African History. Basus 'iimbokodo, Bawel' imilambo. They remove boulders and cross rivers*, Ciudad del Cabo, HRSC.
- Haraway, Donna (1988), "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective", *Feminist Studies*, vol. 17, núm. 3.
- Hart, Gillian (2002), *Disabling Globalization: Places of Power in Post-Apartheid South Africa*, Berkeley, University of California Press.
- Hassim, Shireen (2006), *Women's Organizations and Democracy in South Africa: Contesting Authority*, Durban, University of Kwazulu-Natal Press.

- Herzfeld, Michael (2003), *The Body Impolitic. Artisans and Artifice in the Global Hierarchy of Value*, Chicago, Chicago University Press.
- Holston, James (1993), *A cidade modernista. Uma crítica de Brasília e sua utopia*, São Paulo, Companhia das Letras.
- Huchzermeyer, Marie (2004), *Unlawful Occupation: Informal Settlements and Urban Policy In South Africa And Brazil*, Trenton/NJ, Africa World Press/The Red Sea Press.
- Krog, Antjie, Nosisi Mpolweni y Kopano Ratele (2009), *Investigating the Truth Commission Testimony of Notrose Nobomvu Konile*, Durban, University of Kwazulu-Natal Press.
- Latour, Bruno (1999), *Politiques de la nature. Comment faire entrer les sciences en démocratie?*, París, La Découverte.
- Law, John y John Hassard (orgs.) (1999), *Actor Network Theory and After*, Oxford, Blackwell.
- Lévi-Strauss, Claude (1991), "Maison", en P. Bonte y M. Izard (eds.), *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, París, Presses Universitaires de France.
- Ndebele, Njabulo (2003), *The Cry of Winnie Mandela*, Oxfordshire/OX, Ayebia Clarke.
- Ntsebesa, Lungisile y Ruth Hall (2007), *The Land Question in South Africa: The Challenge of Transformation and Redistribution*, Ciudad del Cabo, HRSC.
- Oldfield, Sophie y Kristian Stokke (2006), "Building Unity in Diversity: Social Movement Activism in the Western Cape Anti-Eviction Campaign", en A. Habib et al. (eds.), *Globalisation, Marginalisation and New Social Movements*, Durban, University of Kwazulu-Natal Press, pp. 25-49.
- Oomen, Barbara (2005), *Chiefs in South Africa: Law, Power & Culture in the Post-Apartheid Era*, Hampshire, Palgrave Macmillan.
- Peirce, Charles S. (1992) [1878], "The Doctrine of Chances", en N. Houser y C. Kloesel (eds.), *The Essential Peirce*, vol. 1, Bloomington, Indiana University Press.
- Pinto, Ana Cândida Pena Vieira (2011), *A palavra de Deus: performance e pentecostalismo no Recanto das Emas*, Brasília, Universidad de Brasília, tesis de licenciatura.
- Ross, Fiona (2003), *Bearing Witness: Women and the Truth and Reconciliation Commission in South Africa*, Londres, Pluto.
- Scott, James C. (2009), *The Art of Not Being Governed. An Anarchist History of Upland Southeast Asia*, New Haven, Yale University Press.
- Semán, Pablo (2009), "Más allá de la descripción, más acá del dualismo: efectos cruciales de un recorrido entre países, investigaciones y disciplinas", *Estudios Sociológicos*, vol. XXVIII, núm. 81, pp. 1041-1059.
- Stengers, Isabelle (2009), *Au temps des catastrophes. Résister à la barbarie qui vient*, París, la Découverte.
- Strathern, Marilyn (1988), *The Gender of the Gift. Problems with Women and Problems with Society in Melanesia*, Berkeley, University of California Press.